

Nosotros, los jóvenes de Acción Católica, creemos que el excursionismo es el retorno del individuo a Dios por medio de su gran obra: la Naturaleza. Por eso hacemos excursiones; y además porque no deja de ser una base de cultura folklórica y también intelectual.

El excursionismo es escuela de buenas costumbres. Pero la perfección en el excursionismo es bien completa. Y es que recoge varias actividades humanas.

Podemos preguntar: ¿es atletismo?... Y contestaremos: No. Pero hay que estar preparado físicamente para que no resulte perjudicial.

¿Es arte?... y decimos: No; pero tendrá que amar las artes para saber comprender y apreciar las bellezas que desfilan por nuestros ojos.

¿Es religión?... y respondemos: No; Pero tendremos que amar a Dios, para contemplar la grandeza de su obra.

En fin, podemos decir que el excursionista ideal es el hombre preparado de una manera excelente, tanto física como moralmente, y también, desde luego, cristianamente. Este, sin duda, será apto para elevarse admirado ante las innumerables bellezas artísticas, históricas y espirituales que las excursiones le ofrecen a su paso. Y el deseo bien sincero de todos ha de ser poder conseguirlo.

Hay excursionistas que valoran las salidas a la montaña, no por lo que debe vistarse, sino por el número (cuando más crecido mejor) de horas de marcha que tienen que hacer. Son los "traga montañas", como nosotros los llamamos.

Un excursionista tiene que buscar provecho de las salidas a la montaña; no andar horas y más horas. Sino sacar provecho de todos los actos que realice, ya sean de uno u otro orden.

El fotógrafo, por ejemplo, buscará bellos paisajes, para impresionar en la placa sensible un recuerdo que después le traerá a la memoria aquella hermosa jornada de excursión.

El que se inspire y tenga aptitud para hacer revivir en el papel los bellos y sublimes pasajes de principios, de altas y majestuosas montañas, de lla-

nuras verdes cual césped de terciopelo, le sirve la excursión de lección agradable y provechosa.

Y, también, quien se deleita en la soledad, allá la encuentra, y eleva tranquilamente su espíritu, acercándose más y más a Dios.

Ya véis, pues, si son numerosos y variados los provechos que de las excursiones pueden obtenerse.

El excursionista no tiene bastante en andar e ir excelentemente equipado. Tiene que ir equipado interiormente; tiene absoluta necesidad de poseer un ideal, un ideal que le ilumine y le haga desprender de las pequeñeces que le rodean.

Ha de sentir en el fondo de su corazón una voz sabia, y con sonido de oro puro, que le dicte la norma de su actuación. Y aquella voz que suena como el oro puro y viejo le dirá que ha de conocer y amar a Dios y a la Patria...

Por esto sin duda son menester grandes esfuerzos para inculcar a nuestros amigos que, llenos de entusiasmo, se entregan al excursionismo, sin sentimiento espiritual, sin amor noble, sin interés.

No hay bastante, — como decía anteriormente, — en estar capacitados y preparado para admirar las bellezas que se presentan. Es preciso también saber sentir un deseo vehemente, un deseo de verdad, de corazón y no de labios, que haga remover las fibras más sensibles del organismo.

Este sentimiento, este deseo lo comprenderéis fácilmente desde lo alto de una montaña. Y es el que tiene que predominar en todo excursionista culto.

El que encuentre esto pueril y sonría con aire de suficiencia, vale más que no haga excursiones. Se encontraría desplazado de la gran hermandad de excursionistas.

O no ha entendido bien el excursionismo o su espíritu no está dispuesto para estas cosas.

El amor noble es el que ha de purificar todas nuestras acciones.

Tengámoslo siempre presente excursionistas. — FEDERICO COROMINAS.